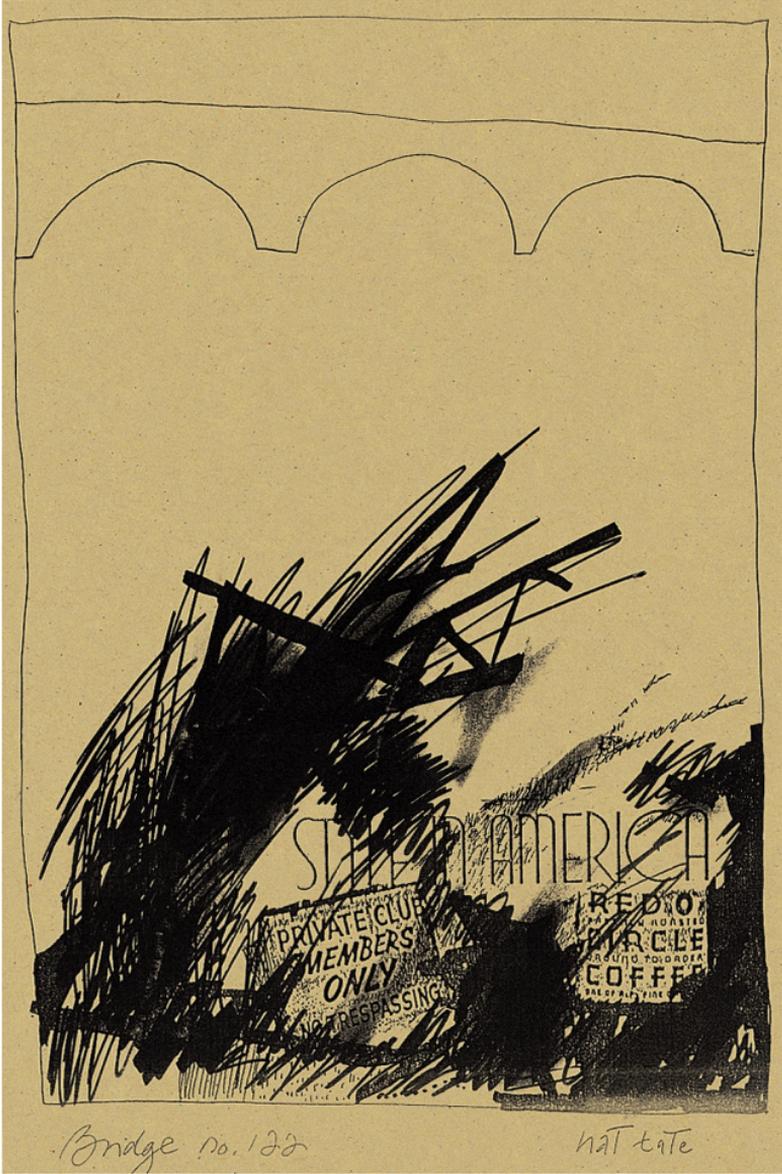


Todavía no sé lo que me impulsó a subir las escaleras de la galería que Alice Singer tiene en la calle 57 de Nueva York. Fue en junio de 1997. La exposición se titulaba *Un aire abarrotado: el dibujo americano, 1900-1990* y parecía desmesuradamente ambiciosa para un espacio tan pequeño. Además, las noticias que sobre ella había leído en el *Times* y el *New Yorker* prefiguraban con displicencia mis prejuicios naturales. Caía la tarde, tenía calor, estaba cansado y vagaba ante docenas de dibujos y esbozos anodinos (un Feininger, un zapato de Warhol, un garabato de Twombly me llamaron la atención) cuando algo que nunca hubiera esperado me dejó atónito. Era un dibujo de 30 x 45 centímetros, en tinta, técnica mixta y *collage*: *Puente n.º 122*. No me hizo falta leer la cartela para saber que era de Nat Tate.

No estaba fechado, pero sabía que debía ser de los primeros cincuenta, una pieza de su en otro tiempo legendaria (aunque hoy totalmente olvidada) serie de dibujos inspirada en *El puente*, el gran poema de Hart Crane. Todos los dibujos de la secuencia (y se decía que



Nat Tate: Puente n.º 122.

constaba de unos doscientos) eran de formato parecido: arriba se veía la representación de un puente audazmente estilizada (a veces una maraña de vigas, a veces un simple arco) y abajo, ocupando dos tercios o la mitad de la superficie, se acumulaba un amasijo de desperdicios: puñaladas de tinta o tachones furiosos, ocasionales imágenes semifigurativas (unas veces obscenamente parecidas a grafitis, otras dibujados con pericia y cuidado), letreros o caracteres encolados, ilustraciones arrancadas de revistas o *collages* diestramente yuxtapuestos en un estilo que recuerda al de Kurt Schwitters. «Me gustan los puentes —le dijo Nat Tate a un conocido—, tan fuertes, tan simples, pero piensa en lo que fluye abajo con el río.»

La persona a quien había confiado estas palabras era el escritor y crítico británico Logan Mountstuart (1906-1991), cuyos diarios estoy editando actualmente.¹ Mountstuart es una curiosa y olvidada figura en los anales literarios del siglo XX. «Hombre de letras» es probablemente la única descripción que hace justicia a una peculiar trayectoria donde se alternaron el aplauso y la miseria. Biógrafo,

1. *Logan Mountstuart: diarios íntimos* (edición de William Boyd) se publicará en septiembre de 1999.

belle-lettriste, editor y novelista frustrado, su mayor éxito fue tal vez saber estar en el lugar adecuado en el momento oportuno durante casi todo el siglo, y su diario (un documento vasto y copioso) acabará seguramente por ser su legado más perdurable. Mountstuart vivió en Nueva York entre 1947 y 1971 y sus extensos diarios contienen un retrato notablemente sincero e íntimo de los círculos artísticos o literarios de Manhattan donde se movía. De hecho, este fragmentario y problemático relato sobre la vida y la época de Nat Tate (lleno de ambigüedades y conjeturas) no se podría haber compuesto sin los diarios de Mountstuart y las cartas cruzadas entre éste y Janet Felzer, la marchante que por primera vez exhibió la obra de Tate en la galería cooperativa del bajo Manhattan que dirigía en 1952.²

Mountstuart conoció a Nat Tate aquel año y a partir de entonces lo vio con relativa frecuencia. Aunque no puede decirse que fueran amigos íntimos, Mountstuart era cliente (poseía varios dibujos, tres de la serie *El puente* y al menos dos de los grandes cuadros posteriores) y asiduo del estudio que el pintor tenía en la calle 22 con Lexington Avenue, un

2. Cartas de Janet Felzer a Logan Mountstuart (herederos de Logan Mountstuart, 1997).

raro honor. Tate, de natural tímido y desmañado, parecía curiosamente a gusto con él (o eso decía éste). El propio Mountstuart pensaba que ello se debía a que él era británico (y por tanto «extranjero») y también a que conocía Europa y a sus artistas. Nat Tate sólo visitó Europa una vez en su corta vida, un viaje que anhelaba tanto como temía.



Nathwell (Nat) Tate nació el 7 de marzo de 1928, probablemente en Union Beach, Nueva Jersey. Su madre, Mary (Tager de soltera), le contó que su padre era un pescador de Nantucket que murió ahogado antes de que Nat naciera. Las reiteradas contradicciones y variantes de la historia (Nathwell padre fue, según el día, submarinista, buzo, ingeniero naval o marino mercante caído «en una guerra») persuadieron más tarde a su hijo de que era ilegítimo. Todas las versiones, sin embargo, conducían al mar y, con ominoso simbolismo, la muerte siempre era la misma: por ahogamiento. El único pariente que Mary Tate parecía tener era una tía en Union Beach a quien Nat recordaba haber visitado unas pocas veces. En sus horas más negras fantaseaba con que su madre había sido una puta de los muelles y que él era el resultado de un rápido y carnal ayuntamiento de medianoche con un marinero. De ahí, sostenía, la coherencia de las identidades que ella otorgaba a su padre. Si ese hombre vivía aún, o quién era en realidad, es algo que Nat nunca llegaría a saber con certeza. Decidió que la imaginación de su madre «ahogaba» a aquel individuo como castigo y como estigma de su propia vergüenza. Es plausible, aunque quizá también aventurado, detectar aquí una posible fuente psicológica para los dibujos de *El puente*: ver los

puentes (sencillos, nítidos, sólidos) como una manera de atravesar sin peligro las aguas oscuras y turbulentas que fluyen debajo, de caminar impoluto e intacto sobre los nauseabundos despojos arrastrados por la corriente del río.

Fuera cual fuese la identidad del misterioso Nathwell sénior, Mary Tager adoptó su nombre; se refería a sí misma como señora Tate y se describía enfáticamente como viuda ante todo el que preguntara. Sigue siendo una figura brumosa: «Recuerdo que mi madre lustraba muy bien los vasos —recordó Tate hablando una vez con Mountstuart—, quizá había trabajado en un bar...». En cualquier caso era una buena ama de casa y se mudó con su niño a Peconic, Long Island, donde encontró trabajo con Peter e Irina Barkasian como ayudante de cocina hasta que más tarde fue ascendida a cocinera. Era en 1931, Nat Tate tenía tres años y Peconic fue su primer hogar verdadero. No tenía ningún recuerdo de su vida anterior e ignoraba desde dónde se había mudado Mary Tate.

Peter Barkasian era un hombre rico: su padre, Dusan Barkasian, había convertido un negocio de explotación forestal en el conglomerado Albany Paper Mills. Tras la muerte de su padre en 1927, Peter, con repentina clarivi-



Nat Tate con nueve años en los jardines de Windrose (1937).

dencia, vendió Albany Paper a Du Pont Chemicals y se retiró (a los treinta y seis años) para vivir cómodamente de las ganancias obtenidas. Su patrimonio salió indemne de la crisis de 1929.

Compró Windrose, una pequeña pero elegante mansión de verano situada en la horquilla norte de Long Island donde él e Irina vivían con razonable boato. Windrose era una rareza: construida a finales del XIX siguiendo muy libremente el modelo del Petit Trianon, fue diseñada por un arquitecto llamado Fairfield Douglas que había trabajado un tiempo para la empresa de Richard Morris Hunt. Barakasian hizo añadir dos largas alas de estilo neoclásico también enlucidas con estuco, remodeló el jardín y allanó un altozano para poder gozar de una mejor vista meridional sobre la Bahía de Peconic.

Se plantaron más de dos mil árboles y arbustos ornamentales. Su «retiro» iba a ser a lo grande. La pareja no tenía hijos: Irina se dedicaba a la beneficencia local y Peter, podrido de dinero durante la Depresión, iba una vez por semana a Nueva York, donde gestionaba con maña su carpeta de bonos y acciones. Allí se labró cierto prestigio como entendido en arte y coleccionista; las lámparas de Tiffany eran

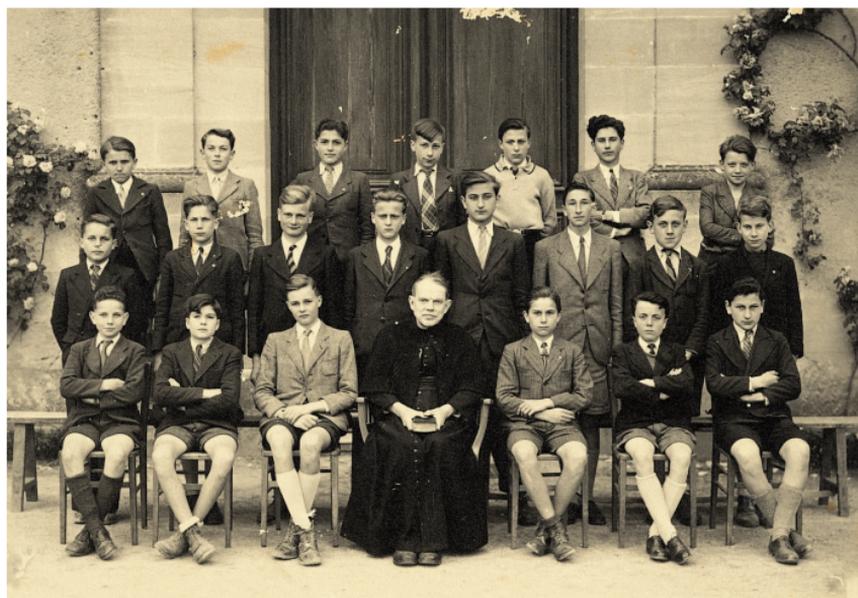


Windrose (diseño de Fairfield Douglas).

su pasión, aunque también comerciaba con pintura de una manera modesta y poseía una valiosa colección de acuarelas de John Marin.

El extremo este de Long Island ofrecía en 1930 una estampa de desolación y penuria: llanos de patatales y aisladas poblaciones de marisqueros muchas de las cuales no tenían aún electricidad. Aquí y allá había conatos de actividad más cosmopolita. East Hampton y Amagansett, en la costa sur, habían atraído a artistas durante décadas, pero Peconic, al norte de la bahía, estaba fuera de juego artísticamente hablando o «bajo el puente» según una expresión local. Windrose parecía la extravagancia de un rico, pero a Peter Barkasian no le importaba: era su propio mundo pagado a tocateja.

Mary Tate murió atropellada por una furgoneta de reparto cuando salía de una farmacia en Riverhead, Long Island, una mañana de febrero de 1936. Nat tenía ocho años. A Mountstuart le dijo que se enteró de la muerte de su madre cuando un niño se asomó a una ventana que daba al patio del colegio donde estaba jugando y gritó: «¡Eh, Tate!, a tu madre se la ha llevado un camión por delante». Creyó que era una broma pesada, se encogió de hombros y siguió jugando al béisbol. Sólo advirtió que era huérfano cuando vio al director cruzar el campo con aire sombrío.



Nat Tate a los dieciséis años en Briarcliff (cuarto por la derecha en la segunda fila).